

bam  
bú

# PUPPET



DAVID ALMOND

*ilustraciones de Lizzy Stewart*

Traducción de Patricia Orts

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

Publicado por acuerdo con Walker Books Limited,  
Londres SE11 5HJ

Título original: *Puppet*

© 2024, David Almond, por el texto

© 2024, Lizzy Stewart, por las ilustraciones  
de cubierta e interior

© 2024, Patricia Orts, por la traducción

© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-8343-981-4

Depósito legal: B-11749-2024

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro  
procede de bosques gestionados de manera  
sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si ne-  
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /  
93 272 04 45).







uno





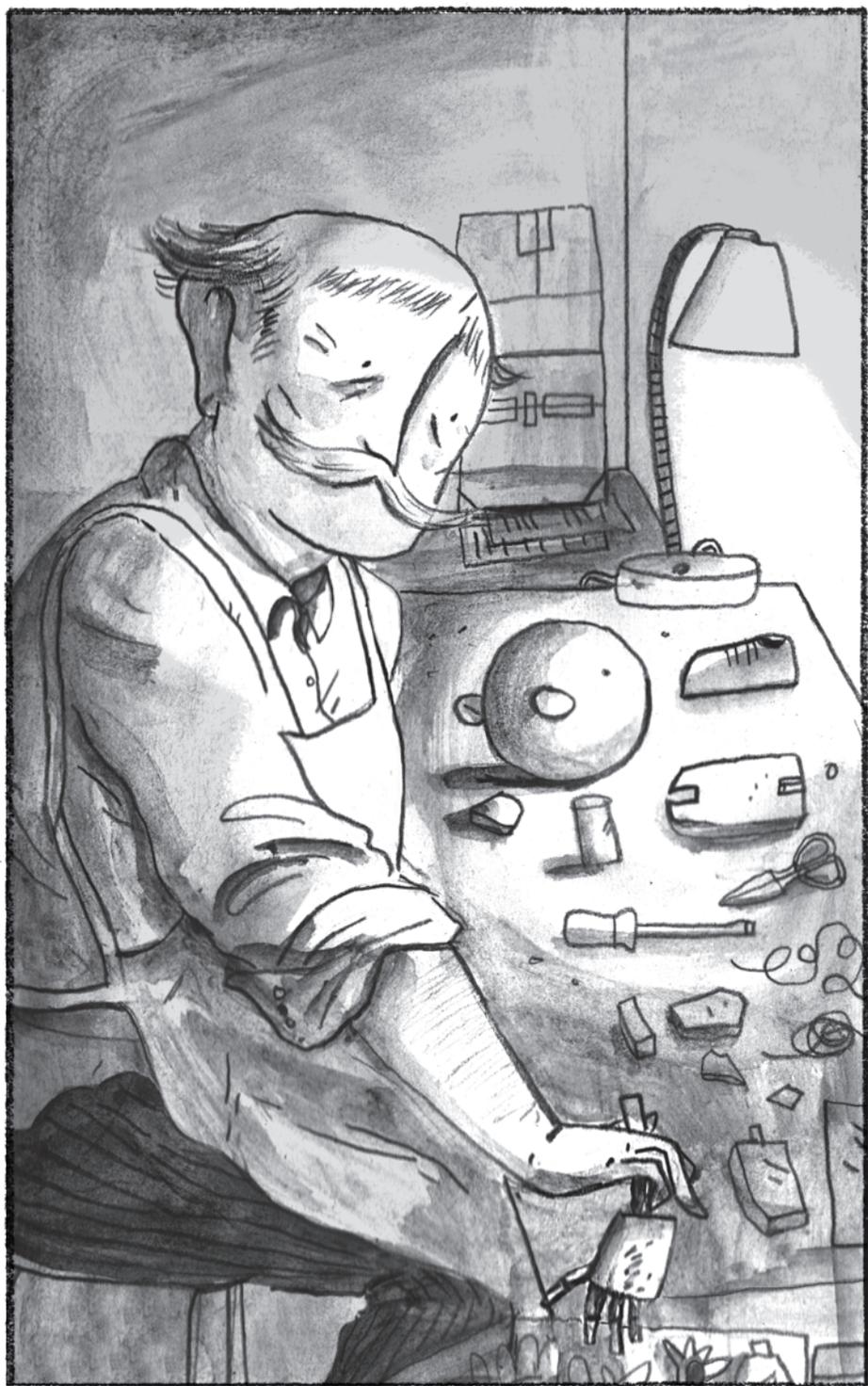
# 1

Silvester despertó de sus sueños. Subió la empinada escalera que llevaba a la buhardilla. Hacía años que no entraba allí. Un búho ululó en algún lugar cercano. Se oía el tráfico nocturno en las inmediaciones. La luna brillaba a través de la ventana que daba al cielo.

Silvester era un marionetista que llevaba años sin hacer un espectáculo de marionetas, que pensaba que el mundo lo había olvidado. Pero en las últimas semanas todo había empezado a cambiar.

En las paredes había carteles de tiempos pasados. Carteles sobre las actuaciones del Mágico Teatro de Marionetas de Silvester en todo el mundo.

Se sentó al banco de trabajo, quitó un poco el polvo y las telarañas. Encendió la lamparita y se quedó un rato con las manos apoyadas en el charco de luz.



Parecía sumido en sus pensamientos; o tal vez aún estuviera soñando.

En el banco de trabajo había pedazos polvorientos de marionetas. También una caja de muslos y pantorrillas a medio hacer y una caja de brazos por terminar. Trozos de madera que aún no se habían convertido en nada. Madera oscura, madera clara, madera maciza, madera blanda. Manos medio talladas, varios pies deformes. Torsos abultados, torsos esqueléticos. Unas cuantas cabezas inacabadas colgaban del techo. Había viejos tubos de pintura y botes de cola. Pinzas y agujas y taladros, pedazos de papel de lija y sierras diminutas. Rollos de alambre y pedazos de cuerda. Una caja llena de ropa.

Solo pedazos y piezas. Fragmentos.

Silvester exhaló un suspiro. Era maravilloso volver a estar entre esas cosas, volver a estar en el desván, volver a estar sentado a su banco.

Era como regresar a la vida.

Las arañas giraban en sus hilos bajo la luz de la luna y las cochinillas se arrastraban por el banco. Abajo, junto al rodapié, chillaba un ratoncito.

—Hola, arañas —las saludó Silvester—. Hola, cochinillas. Hola, ratoncito.

Dejó que una araña corriera por su mano y sonrió al sentir las cosquillas que le hacía.

—Hola, búho —dijo al pájaro, que volvió a ulular fuera.

Un bebé empezó a llorar en alguna parte y luego se calmó.

–Buenas noches –susurró Silvester–. Dulces sueños, pequeño.  
Contempló la luz de la luna y se puso a trabajar.

Utilizó alambre fino y unas pinzas para armar una pierna. La otra pierna era más larga; la articulación de la rodilla era muy inestable. Una era de madera oscura; la otra, clara. Añadió los pies: uno estaba calzado con una bota negra, el otro, con una marrón. Encontró un par de brazos, uno de ellos parecía tener los músculos fuertes. Una mano tenía cuatro dedos; la otra, solo tres. Encontró un torso flaco y le puso los brazos y las piernas. Agarró una de las cabezas suspendidas en la cuerda. Era de madera de pino, de color marrón amarillento. La unió al cuerpo.

Sus manos se movían con rapidez.

–Sé valiente –susurró para sus adentros–. Sé tan bueno como siempre fuiste.

Se rio de la marioneta que iba tomando forma.

–¡Qué graciosa eres! –exclamó.

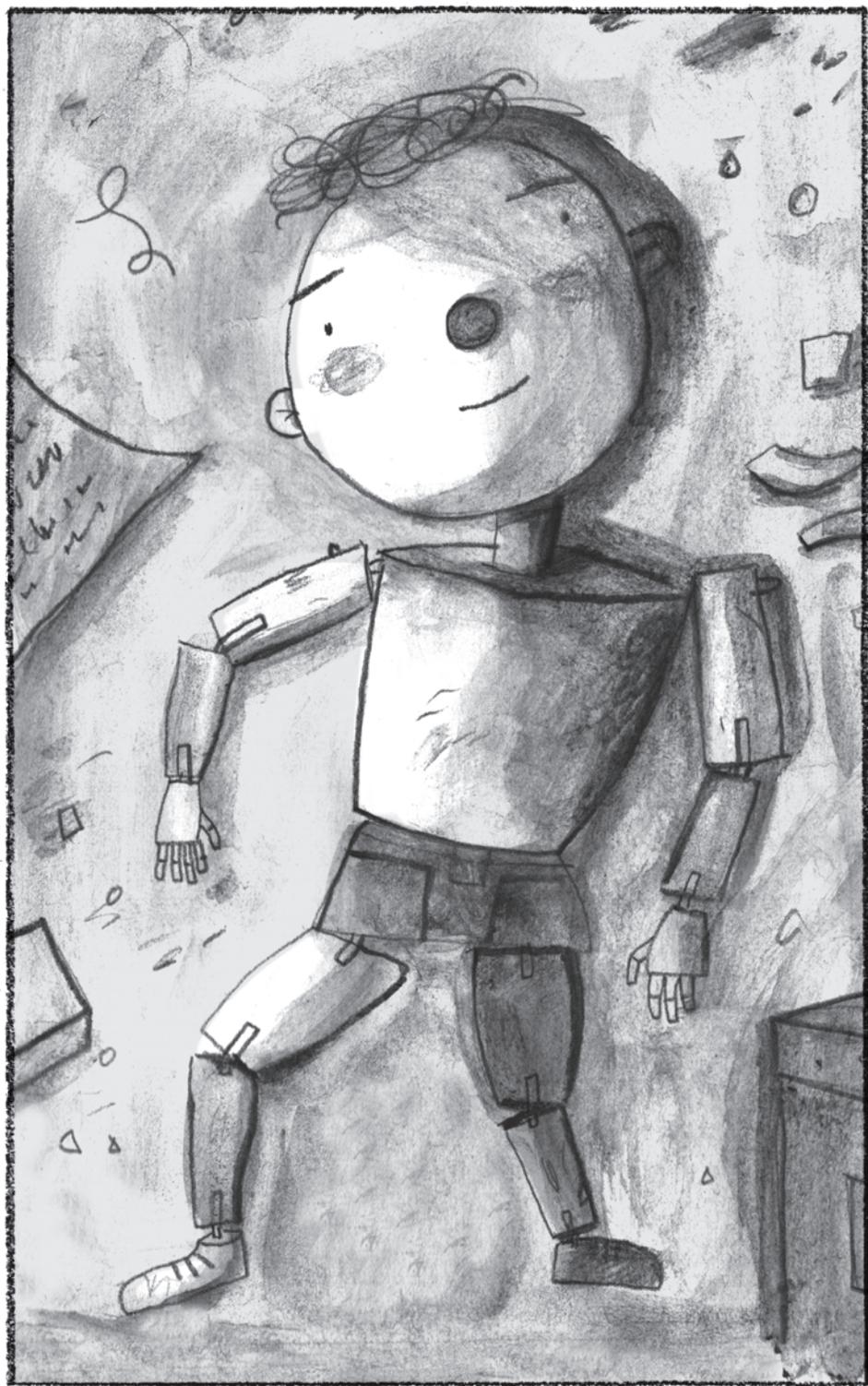
Le lijó las mejillas y luego las enceró. Le pintó los ojos de color verde. Pegó unas hebras de lana negra a la cabeza a modo de pelo.  
¡Mucho mejor!

La miró fijamente a los ojos.

–Hola, Puppet –le dijo.

Los recuerdos bullían en su interior. Había fabricado sus primeras marionetas hacía mucho mucho tiempo, cuando era apenas un niño y vivía a unas calles de allí.

Las hacía con pinzas para tender la ropa y con cintas, palos y piedras, papel doblado, botones e hilos.



Solía ponerles nombres y las hacía moverse y conversaba con ellas. Se inventaba historias en que las marionetas volaban a la Luna o luchaban contra dragones o viajaban en el tiempo.

Solía enseñárselas a su madre y le decía:

–¡Mira lo que he hecho, mamá!

Las hacía conversar con ella.

«Hola, señora», le decían si eran educadas.

«¡Hola, tonta!», cuando no lo eran.

Su madre participaba en el juego. Fingía estar encantada o terriblemente disgustada. Y siempre decía: «¡Qué chico tan listo eres, Silvester!».

Sonrió al verse de nuevo como un niño, al oír de nuevo su voz.

«¿De verdad fue hace tanto tiempo?», murmuró para sus adentros.

Eligió una camisa verde y unos pantalones marrones de la caja donde guardaba la ropa y vistió a la marioneta. Le puso un gorrito marrón en la cabeza.

Levantó al muñeco. Era tan alto como un niño pequeño.

Le abrió los brazos.

–Me pregunto en qué extraña historia andarás metido –dijo.

Movió la marioneta de un lado a otro del banco.

La hizo andar, la hizo saltar, la hizo volar.

La hizo rugir como si estuviera enfadada o fuera salvaje.

La hizo cantar y soltar una risita y partirse de risa.

–Una historia muy seria –dijo con voz muy seria.

–Una historia muy tonta –dijo con voz muy tonta.

–Tal vez un cuento en que te enamoras –propuso Silvester–, o un cuento en que vives peligrosas aventuras. O tal vez vuelas a Marte o te devoran unos tigres o...

Reía y reía solo.

Qué maravilloso era hacer una marioneta.

Volvió a mirar al muñeco a los ojos.

–Hola, Puppet –dijo.

Y la marioneta le respondió:

–O-A.

Silvester la miró fijamente.

La marioneta le devolvió la mirada con sus ojos verdes, brillantes y vacíos.

Ah, solo era un sueño. Tenía que serlo.

–Hola –repitió Silvester.

No hubo respuesta.

«Qué tonto eres, Silvester», se dijo a sí mismo.

Dejó la marioneta en el banco lleno de polvo y le tocó con delicadeza la mejilla. Bostezó. Era muy tarde. Hora de dormir.

–Buenas noches –susurró–. Nos vemos mañana por la mañana.

Apagó la luz y bajó la empinada escalera.

Sí, necesitaba dormir.



## 2

Las últimas semanas habían sido bastante ajetreadas, bastante extrañas. Comenzaron con una carta de un museo. Por lo visto, Silvester no había caído del todo en el olvido. Querían hacer una exposición sobre su trabajo. Sus marionetas, sus trajes y sus escenarios se exhibirían para que todo el mundo pudiera verlos; y, por supuesto, Silvester aceptó. Le enorgullecía enormemente que su trabajo quedara expuesto para siempre. Así que todo quedó arreglado. Y una mañana, mientras Silvester estaba desayunando en la cocina, llamaron a la puerta.

En el umbral había dos hombres.

—Hola, Silvester —lo saludó uno de ellos—. Me llamo Francis y este es Sol. Creo que nos estás esperando.

Silvester sonrió, se hizo a un lado y los invitó a entrar.

Francis y Sol llevaban un cargamento de cajas y bolsas y embalajes y etiquetas. Los arrastraron dentro de la casa.

—¡Cuánto nos ha costado encontrarlo! —dijo Sol—. Ni siquiera sabía que existía este callejón.

Luego se quedó inmóvil y, sorprendido, lanzó un grito ahogado.

—¡Válgame Dios! —exclamó Francis.

Allí estaba todo, esparcido por la sala, los restos del Mágico Teatro de Marionetas de Silvester. Había docenas de marionetas, algunas del tamaño de un niño, otras no mucho mayores que la mano de un chico pequeño o tan minúsculas como un dedo. Estaban tumbadas en el sofá y sentadas en las sillas. Colgadas de sus hilos en las paredes. Había reyes y reinas y brujas y magos y fantasmas y demonios y niñas y niños con los ojos abiertos como platos. Animales y dragones y monstruos y hadas.

Los decorados, los disfraces y las cortinas yacían sobre los muebles o estaban desperdigados por la alfombra.

—El trabajo de toda una vida —dijo Silvester.

Los hombres del museo se limitaron a mirar todo con asombro durante un rato.

Cuando, al final, se pusieron manos a la obra, parecían nerviosos, y Silvester comprendió que estaban preocupados por lo que pudiera sentir.

—No pasa nada —les dijo con amabilidad—. Haced lo que tengáis que hacer.

Los hombres se relajaron, pero trataron las cosas con cuidado y delicadeza. No paraban de decir lo bonito que era todo, que estaba hecho maravillosamente bien.

—Te vi —le dijo Sol—. Vi tu espectáculo.

Silvester sonrió.

—¿Lo viste?

–Sí. Cuando era niño. Viniste a nuestra escuela, en South Shields. Era... –De repente, alargó una mano y levantó una marioneta en concreto y soltó una carcajada—. ¡Y esta aparecía en él! –exclamó—. ¡Era una obra sobre un bosque muy muy oscuro!

–¡Ajá! –dijo Silvester—. ¡Qué maravilla! Ese es Jack y la función fue una de las mejores.

–¡Fue fantástica! ¡Lo recuerdo caminando de puntillas, adentrándose cada vez más en la oscuridad!

–¿Y recuerdas cómo terminaba? –preguntó Silvester.

Sol se mordió los labios, cerró los ojos e hizo memoria.

–¡Sí! Demonios, el lobo lo atrapó. ¡El lobo te atrapó, Jack! ¡El lobo te devoró!

Silvester asintió:

–¡Exacto! Pero luego volvió a salir, ¿verdad?

–Sí –corroboró Sol—. Yo era muy pequeño. ¡Estaba muerto de miedo! Volviste a salir, Jack, ¡y yo me moría de risa! –Levantó la marioneta y la sostuvo delante de sus ojos—. Hola de nuevo, Jack –dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

La marioneta no dijo nada, claro.

–¡La verdad es que creí que te había devorado! –exclamó Sol—. ¡Vi cómo sucedía! El lobo te atrapó, sus fauces se abrieron... y ¡ñam! Para abajo.

Imitó los gestos del lobo y simuló que se comía a Jack.

–¿Cómo demonios lo hiciste? –le preguntó a Silvester.

Silvester se rio y se encogió de hombros.

–Años de experiencia.

–Fue algo mágico –le confesó Sol–. ¡Era como si las marionetas estuvieran realmente vivas!

Silvester sonrió de nuevo.

–Eso es lo que decía todo el mundo. Magia. Pero en realidad fue solo trabajo duro y unos trucos ingeniosos.

Tocó la frente de madera de Jack.

–Todos querían que fuera real, ¿verdad, Jack? –dijo con dulzura–. Por eso fue fácil embaucarlos.

–Supongo que es así –corroboró Sol. Empezó a envolver a Jack en papel de seda–. Lo siento, Jack –susurró–. Tengo que hacerlo.

–Adiós, amigo mío –se despidió Silvester–. Gracias por todos los sustos y las risas. Nos vemos en el museo.

Sol metió a Jack en su caja.

Después, siguió envolviendo meticulosamente el resto de las marionetas. Las manejó con ternura, como si estuvieran vivas.

–Adiós, amigo mío –musitó Silvester a cada una de ellas–. Gracias, compañera.

–¿No tienes hijos a quienes dejar todo esto? –le preguntó Francis.

–¿Cómo dices? –dijo Silvester.

–¿No tienes hijos a quienes pasar el teatro de marionetas?

–Ah, no. –Silvester sacudió la cabeza–. Mi querida Belinda y yo estábamos solos y ahora ella se ha ido. –Señaló una fotografía que colgaba de la pared–. Ahí está –dijo.

Y allí estaba ella, su esposa, mirándolos, sonriéndolos desde el pasado, cuando era joven.



Francis y Sol se quedaron todo el día.

Metieron a las marionetas en sus cajas.

Doblaron los disfraces y los guardaron en unas bolsas.

Envolvieron las hojas de los decorados con plástico de burbujas.

Doblaron las cortinas y las pusieron en unas cajas.

Etiquetaron todo a conciencia.

Muchas cosas estaban en mal estado, descoloridas, rotas, agrietadas.

Francis dijo que en el museo había expertos que limpiarían y restaurarían lo que pudieran; pero Silvester también le oyó susurrar a Sol que quizá tuvieran que tirar a la basura parte de ello.

Cuando todo estuvo empaquetado, volvieron a dejar solo a Silvester.

Dijeron que volverían con la furgoneta otro día, esa misma semana.

3

Algo más tarde llegó otro visitante, una joven llamada Louisa. Era de la universidad y estaba escribiendo una pequeña historia sobre

el Mágico Teatro de Marionetas de Silvester. La idea era venderla cuando se inaugurara la exposición.

Le hizo muchas preguntas sobre las representaciones y los viajes. ¿Cuál había sido el primer espectáculo? ¿Cuál había sido el mejor? ¿En cuántos lugares se había exhibido? ¿Cuáles habían sido sus experiencias más locas?

Silvester respondió sin dudar a muchas de las preguntas, pero tuvo que hacer un esfuerzo con algunas.

Repasó viejos cuadernos y álbumes de recortes.

—Hay tanto que recordar —afirmó—. A veces se me olvidan los lugares y las fechas exactas.

Louisa le dio unas palmaditas en el brazo.

—No pasa nada —le dijo—. La memoria juega malas pasadas, ¿verdad? —Garabateó un montón de notas—. Supongo que encontraré información en Google.

—¿Has visto alguna vez uno de nuestros espectáculos? —quiso saber Silvester.

—¿Yo?

—Sí. Tal vez cuando eras pequeña.

—Vaya, lo siento. No. —Garabateó más notas—. Si he de ser franca, mis padres no aprobaban las marionetas —añadió.

—¿No las aprobaban?

—No. Decían que eran una tontería.

—Pobre criatura —murmuró Silvester—. Pobres padres. —Sacudió la cabeza—. ¿De verdad pensabas que eran una tontería?

La joven se paró a pensar.

–Supongo que sí, durante algún tiempo. Luego crecí y me di cuenta de que eran maravillosas.

Él sonrió.

–Eso está bien –dijo con dulzura.

A continuación, le contó un viaje que Belinda y él habían hecho a las islas escocesas. Cómo habían actuado para las familias en una hermosa playa mientras una manada de delfines saltaba y saltaba en el mar cercano.

## 4

Esa semana, a Silvester le resultó muy extraño tener las cajas en la sala y pensar en todas las marionetas que contenían.

A veces, se inclinaba hacia ellas, como si esperara que las marionetas susurraran entre ellas o lloraran para que las sacara de allí.

Otras veces, daba golpecitos en las tapas.

–¿Las cosas van bien por ahí dentro? –preguntaba–. ¿Estáis contentas?

En ocasiones, le asaltaba la duda. ¿Hacía bien en regalar tanto material, en permitir que el museo se lo quedara? Pero él sabía que sí. No iba a organizar más espectáculos; a su edad, no. Y era bueno que la gente pudiera verlo todo, aunque no hubiera historias, aunque las marionetas estuvieran tan quietas.

Además, él contaba con sus recuerdos. Tenía los álbumes que había ido reuniendo a lo largo de los años, repletos de recortes y fotografías. Había cartas de admiradores de todas las edades procedentes de cualquier parte del mundo. Imágenes y carteles colgados en las paredes de las habitaciones de su casa. Había fotografías de su teatro, de sus marionetas, de sí mismo y de la encantadora Belinda, de cuando los dos dirigían el mejor teatro de marionetas del mundo.

## 5

Sol y Francis regresaron con la furgoneta al cabo de unos días. Apenas pasaba por el estrecho callejón. Aparcaron justo fuera de la casa.

Silvester se ofreció a echarles una mano, pero Sol le dijo que no.  
–Sería horrible que te cayeras y te hicieras daño –dijo.

–Prepárate una taza de té –le propuso Francis–. No tardaremos mucho en tener todo listo.

Silvester sintió deseos de dar un pisotón y decirles que no era un anciano endeble, que, en el fondo de su corazón, seguía siendo un niño, pero no lo hizo. A fin de cuentas, solo pretendían ser cordiales y amables.

Los dos hombres sacaron todo por la puerta y lo cargaron con cuidado en la furgoneta.

–Adiós, mis queridos amigos –susurró Silvester–. Gracias por todo. –Luego asintió con la cabeza–. Ya puedes cerrar las puertas, Sol –dijo.

Sol obedeció cerrándolas de un portazo.

Se estrecharon la mano y quedaron en volver a verse en el museo.

Silvester observó cómo la furgoneta salía en silencio de la callejuela en dirección a la plaza, hasta que la perdió de vista al doblar la esquina.

Unas lágrimas resbalaron por su cara.

–Da igual –dijo–. Es lo mejor.

Tras entrar de nuevo, se detuvo delante de la fotografía de Belinda que colgaba de la pared. Contempló su hermosa cara sonriente, sus adorables ojos marrones.

–Ya está, se acabó –le dijo–. Todo ha desaparecido. –Le devolvió la sonrisa–, pero el libro se está escribiendo, el museo está esperando y siempre nos recordarán.

Fue a la cocina y se preparó una taza de té y un sándwich de queso *cheddar* y pepinillos, su favorito.

«Es una nueva vida, Silvester», se dijo.

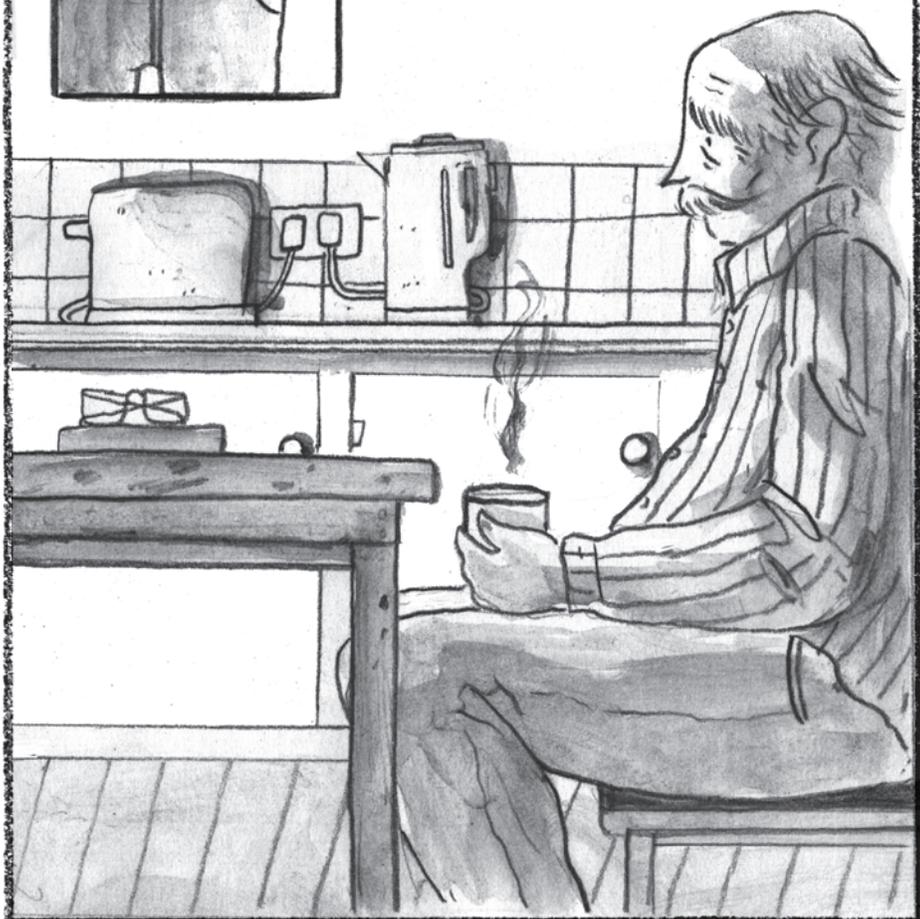


El día transcurría.

Un búho ululó en algún lugar.

«¿Qué vas a hacer ahora?», se preguntó Silvester.





No lo tenía muy claro.

¿Qué debe hacer un maestro de marionetas cuando envejece y todas sus marionetas se han ido? Reflexionó. No se le ocurría nada, por su mente solo pasaban las imágenes de las marionetas y fragmentos de las historias. Quizá nunca dejarían de hacerlo.

A veces se reía mientras caminaba por las habitaciones vacías. Sí, le habían quitado muchas cosas, pero se sentía extrañamente libre. Volvía a sentirse joven.



Pasaron más días. Limpió y aseó la casa. Dormía de maravilla, mejor de lo que había hecho durante años. Una noche tras otra de sueño muy muy profundo.

Entonces, una noche de luna, despertó de sus sueños y le pareció que la buhardilla lo llamaba.

Hacía muchos años que no subía allí.

Miró la empinada escalera.

Y subió.

Se sentó a su mesa de trabajo y creó la nueva marioneta.

Y la marioneta dijo: «O-A».

Y Silvester no podía creérselo.

Debía de ser un sueño, ¿no?

Así que bajó de nuevo para volver a meterse en la cama.

Y, de nuevo, durmió bien.

Y así pasó otra noche.

## Bambú Jóvenes Lectores

*La cala del Muerto*  
Lauren St John

*Secuestro en el Caribe*  
Lauren St John

*Kentucky Thriller*  
Lauren St John

*Encuentro en Rusia*  
Lauren St John

*Arlindo Yip*  
Daniel Nesquens

*Calcetines*  
Félix J. Velando

*Las hermanas Coscorrón,  
agencia de investigación  
El caso de la caca de perro  
abandonada*  
Anna Cabeza

*Dos problemas y medio*  
Alfredo Gómez Cerdá

*Las aventuras de Undine.  
La gran tormenta*  
Blanca Rodríguez

*Las lágrimas de la matrioska*  
Marisol Ortiz de Zárate

*También fueron jóvenes*  
Jordi Sierra i Fabra

*Martín en el mundo  
de las cosas perdidas*  
Susana López Rubio

*Candela y el misterio  
de la puerta entreabierta*  
Reyes Martínez

*El último gato birmano*  
Rosa Moya

*El chico que nadaba  
con las pirañas*  
David Almond / Oliver Jeffers

*El chico más veloz  
del mundo*  
Elizabeth Laird

*Candela y el rey de papel*  
Reyes Martínez

*¡Qué bien lo hemos pasado!*  
Michael Morpurgo | Quentin  
Blake

*Rurrú Camarón  
Bestiario poético  
latinoamericano*  
Ana Garralón

*La odisea de Ollie*  
William Joyce

*La tribu de los Zippoli*  
David Nel-lo

*Las hermanas Coscorrón,  
agencia de investigación  
El misterio de las lubinas*  
Anna Cabeza

*Proyecto Galileo*  
Joan Anton Català

*El año del Gato*  
Jaume Copons

*Nasario*  
Ricardo Alcántara

*Pepi Gal  
Andanzas de una niña curiosa*  
Victoria Tubau

*El carrusel de Central Park*  
María Menéndez-Ponte

*Las hermanas Coscorrón,  
agencia de investigación  
El misterio del Katastrófico  
Fútbol Club*  
Anna Cabeza

*Verbo*  
Carlos Peramo

*Estrella fugaz*  
Ursula Wölfel

*Las hermanas Coscorrón,  
agencia de investigación  
El misterio del papel  
de vater volador*  
Anna Cabeza

*Las hermanas Coscorrón,  
agencia de investigación  
El misterio de la momia  
desaparecida*  
Anna Cabeza

*¡Manos a la obra!*  
Carmela Trujillo

*Las hermanas Coscorrón,  
agencia de investigación  
El misterio de la casa  
del terror*  
Anna Cabeza

*El verano que cambió  
la vida de Mihail*  
Carmela Trujillo

*Puppet*  
David Almond / Lizzy Stewart

*¿Qué puede hacer un marionetista cuando es viejo,  
está solo y todas sus marionetas se han marchado?*

*Silvester decide fabricar un último muñeco.  
La marioneta que crea es un poco extraña, no se  
parece en nada a las que hizo en el pasado. Cuando  
Silvester le habla, Puppet le responde. Cuando Silvester  
lo levanta, echa a andar... Una mañana, Silvester  
coge a Puppet de la mano y se aventura a sacarlo  
de casa para que conozca el mundo exterior...*

*Una espléndida historia sobre la amistad,  
la creación y el círculo de la vida.*

